

2. CUESTIONES INDÍGENAS

ZAPATISTAS. DE LA REVOLUCIÓN A LA POLÍTICA DE LA IDENTIDAD¹

Pedro Pitarch*

Pocos días antes de salir a la luz pública en enero de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se definía a sí mismo en los términos convencionales de una organización revolucionaria armada de izquierda: un grupo que dirige al pueblo trabajador con el fin de tomar el poder e instaurar un régimen político socialista. Sin embargo, pocas semanas después de haber tenido lugar el levantamiento armado, el EZLN lograba modificar substancialmente su imagen y se presentaba a la opinión pública mexicana e internacional como un grupo defensor de los pueblos indígenas, y él mismo como un movimiento de carácter "étnico", defensor de la cultura y el orden tradicional indígena. Dicho de otro modo, en un lapso de menos de dos meses el Ejército Zapatista había pasado de defender la Revolución a defender "la política de la identidad"; ya no luchaba por el socialismo sino por la dignidad de los indios. El eco que tuvo y la simpatía emocional que despertó el cambio en la estrategia de autopresentación de los zapatistas fue también su salvación. En efecto, si se compara con otras guerrillas latinoamericanas, el Ejército Zapatista es un grupo numéricamente reducido y militarmente débil. Un proyecto político formulado en un lenguaje que el público hubiera considerado anacrónico² probablemente hubiera supuesto el fin tanto político como militar de los zapatistas. En cambio, al desembarazarse del lenguaje revolucionario y adoptar el discurso de "la identidad" obtuvo un extraordinario éxito.

Tengo la impresión de que este súbito cambio de estrategia es un aspecto que ha sido subestimado en los análisis y comentarios a propósito del movimiento zapatista; y sin embargo se trata de un aspecto crucial para comprender tanto la estrategia política del grupo como el contexto contemporáneo en el que éste se desenvuelve. Así pues, en las páginas que siguen trataré brevemente de hacer ver algunos

aspectos de este cambio de estrategia retórica, así como señalar algunas de las ventajas y limitaciones que le ha proporcionado esta transformación al Ejército Zapatista.

* * *

Para entender las características de la base social del EZLN es preciso distinguir dos regiones en el centro del estado de Chiapas: Los Altos y Las Cañadas. En la primera la implantación del EZLN es muy débil y solo después del levantamiento armado se adhirieron sectores de la población indígena de esta región de manera significativa; es en Las Cañadas donde tiene su base principal.

En Los Altos, una vasta región montañosa, se concentra la mayor parte de la población indígena de Chiapas, unos 700.000 hablantes de lengua tzotzil y tzeltal que viven en comunidades «tradicionales». Aproximadamente desde la década de los años 30 de este siglo el gobierno mexicano a través del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y los sindicatos oficiales ejercieron el monopolio de la mediación y control político sobre las comunidades indígenas de esta zona. Las comunidades indígenas son, o al menos han

* Universidad Complutense de Madrid.

1. Versiones preliminares de este artículo fueron leídas en 1998 en el Instituto Universitario Ortega y Gasset y en la Universidad de Sevilla. Aprovecho la oportunidad para agradecer a ambas instituciones, y a Pedro Pérez Herrero y Pilar Sanchiz, respectivamente, por su invitación para discutir el tema que en él se trata.

2. En 1994 ya ha caído el Muro de Berlín. Pero en términos comparativos es quizá más importante –dada la afinidad ideológica entre el EZLN y las guerrillas centroamericanas– el hecho de que los sandinistas han perdido el poder en unas elecciones, la guerrilla y el gobierno salvadoreños han firmado ya la paz, y la guerrilla y el gobierno guatemaltecos están en proceso de hacerlo. El Ejército Zapatista actuaba, pues, a contratiempo.

sido hasta principios de los años 90, la unidad básica de control gubernamental de la población indígena. El gobierno se aseguraba la adhesión política de las comunidades indígenas (recibía, por ejemplo, el 100% de los votos en todas las elecciones) y como contrapartida concedía una autonomía interna muy amplia, que incluía formas tradicionales de autogobierno. Esta política se completaba con un sistema clientelista de prestaciones sociales canalizadas a través del Instituto Nacional Indigenista (programas de sanidad, obras públicas, comercialización de los productos, protección a los indígenas a través de sindicatos cuando trabajaban fuera, etc.).

La región de Los Altos es sin duda pobre y posee una de las peores estadísticas de México en cuanto a condiciones de vida (mortalidad infantil, analfabetismo, desnutrición, etc.). Sin embargo no es una región que se encuentre fuera de la acción del gobierno. En los análisis de las causas de la rebelión zapaísta es común encontrar dos lugares comunes que se repiten incesantemente. El primero es que a esta región no llegó la revolución mexicana (es decir, que no llegaron los beneficios del reparto de la Reforma Agraria) y el segundo es que esta región está completamente desatendida desde un punto de vista asistencial. Ambos son incorrectos. En Chiapas, lo que se suele llamar la “Revolución” no fue más que una guerra civil entre las elites no indígenas del estado³. Las primeras fases del reparto de tierra en México no afectaron a esta región, pero en el periodo comprendido entre la década de los años 30 y la década de los años 60, la práctica totalidad de los indígenas de esta región se convirtieron en ejidatarios. En la actualidad, y con la excepción de algunas fincas de tamaño pequeño (que desde 1994 han desaparecido también) la tierra se encuentra repartida entre los campesinos. En cambio, la región ha conocido una fuerte explosión demográfica en las cuatro últimas décadas (en 1970 la población era de 318.000 habitantes; en 1990 contaba con 700.000: es decir, una tasa de crecimiento anual de 4,1%)⁴. Hace tiempo que el cultivo tradicional de la tierra, por el procedimiento de tala y roza, es incapaz de mantener a la población, y tampoco la economía mexicana en la actualidad puede proporcionar trabajo estacional fuera de la región a sus habitantes como había sucedido en los años 60 y 70. Por otra parte, la región de Los Altos ha sido objeto, fundamentalmente desde los años 60, de programas asistenciales continuados, masivos y muy caros. Pero han sido también poco eficaces: en lugar de estar enfocados en la creación de una economía productiva, eran programas de ayuda directa que solía perderse por ineficiencia y corrupción. En suma, la región de Los Altos no es la excepción, es la regla. Para bien y para mal está inscrita en el entramado político mexicano, y exhibe –aunque de manera más acusada– todas sus contradicciones y deficiencias.

La región de Las Cañadas, en la selva lacandona, allí donde el EZLN tiene su base, posee un perfil considerablemente distinto de la región de Los Altos. Los cerca de 200.000 indígenas que la poblaban en 1990 provienen en su mayoría de las antiguas fincas desaparecidas y, en menor medida, de población emigrada de sus comunidades tradicionales de las montañas de Los Altos. Son colonos que

desde la década de los años 50 se adentraron en la selva para cultivarla, con muy poca ayuda y control directo de las instituciones gubernamentales. Con una gran cantidad de tierra de cultivo en el horizonte, pero en buena medida aislados del resto del estado, crearon nuevas formas de organización social. Muchos de los nuevos colonos eran jóvenes que, sin el dominio de los ancianos característico de las comunidades originarias, se desprendieron parcialmente de las antiguas prácticas culturales. A diferencia de lo que sucede en los Altos, la lengua –tzeltal, tzotzil, tojolabal– no es un marcador étnico infranqueable en esta región, así como tampoco existe la tensión étnica entre los indígenas y ladinos (no indígenas, hispanohablantes) propia de Los Altos. El sociólogo Henri Favre ha comparado el perfil de esta población, es decir, la base social de los neozapatistas, con la población campesina en la que se basó la guerrilla de Sendero Luminoso en el Perú: campesinos de origen indígena en proceso de “desindianización”, pero que tampoco caben en ninguna otra categoría establecida, y a los cuales la sociedad nacional, incapaz de satisfacer sus aspiraciones, relega a una posición marginal⁵.

En cualquier caso, el perfil de estas comunidades de la selva no puede explicarse sin considerar el papel de la Iglesia Católica. Si en Los Altos la mediación entre las comunidades y el Estado se producía a través de instituciones oficiales, en esta región la Iglesia y los sindicatos no oficiales a ella vinculados representaban la principal fuente de mediación. La Iglesia, cuyo trabajo proselitista en la región de Los Altos fue prácticamente un fracaso, aquí encontró en cambio una buena acogida y una rápida expansión. Maristas, jesuitas y sobre todo dominicos impulsaron un militante proyecto religioso y político bajo la protección de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas y de su obispo, Samuel Ruiz. La migración y el asentamiento en la selva fue reinterpretada bajo la analogía del Éxodo bíblico: el pueblo elegido en su huida de Egipto⁶. En el proyecto misionero de los religiosos se insistía en la aceptación de la cultura indígena como parte de esa nueva comunidad primitiva que se estaba creando en la selva. Pero lo que los misioneros entendían por cultura indígena era más bien una versión depurada de las prácticas tradicionales, una versión estereotipada y en cierto modo reconstruida. Así como se fomentaba el supuesto comunitarismo indígena, se luchaba en cambio por extirpar radicalmente creencias y prácticas que no encajaban en el modelo de Iglesia Primitiva: la poligamia, el sistema médico tradicional, la creencia en almas

3. Rus, Jan: “Contained Revolutions: Indians and the Struggle for Control of Highland Chiapas, 1910-1925”, INAREMAC, San Cristóbal de Las Casas, s/f.

4. Viqueira, Juan Pedro: “Los Altos de Chiapas: Una introducción general”, en *Chiapas, los rumbos de otra historia*, Juan Pedro Viqueira y Mario H. Ruz (editores), México, UNAM-CIESAS-CEMCA-Universidad de Guadalajara, 1995. En mi opinión, la colección de trabajos de este libro contiene la introducción más comprensiva a la historia y antropología de la región indígena de Chiapas.

5. Favre, Henri: “Mexique: le révélateur chiapanèque”, *Problèmes d'Amérique latine*, n° 25, 1997, pp. 3-29.

6. Leyva, Xochitl: “Catequistas, misioneros y tradiciones en Las Cañadas”, en *Chiapas, los rumbos de otra historia*, en Juan Pedro Viqueira y Mario H. Ruz (editores), México, UNAM-CIESAS-CEMCA-Universidad de Guadalajara, 1995.

múltiples, así como las prácticas que estas creencias implican. Por cierto que mucho de las prácticas de los religiosos recuerdan las técnicas de evangelización y extirpación de idolatrías que aplicaron los misioneros franciscanos y dominicos en siglo XVI en la Nueva España; por ejemplo, concentrar su actividad en los jóvenes y los niños, de modo que éstos rompieran con las personas de mas edad. Años después, también los dirigentes del EZLN se concentraron sobre los adolescentes.

Al igual que sucedió en Guatemala una década antes (la comparación con el caso guatemalteco es reveladora), la acción de la Diócesis y de las órdenes religiosas abonó el terreno para que miembros de grupos revolucionarios de zonas urbanas de México se instalaran en la región, a menudo invitados por la propia Diócesis en calidad de técnicos, de agronomía por ejemplo. La ideología promovida por la Diócesis de San Cristóbal se convirtió en el “traductor” entre los campesinos de Las Cañadas y los revolucionarios urbanos, y las redes del movimiento catequista en el punto de conexión con las estructuras clandestinas de la izquierda revolucionaria. De hecho fueron los catequistas indígenas el campo principal de reclutamiento del EZLN.

* * *

El EZLN formaba parte del Partido Fuerzas de Liberación Nacional, un grupo revolucionario clandestino fundado en el norte de México a finales de los años 60 y que, a pesar de ser muy reducido, logró estar presente en varias ciudades del país⁷. Miembros del PFLN lograron instalarse definitivamente en Chiapas en 1983, y Chiapas se convertiría en su principal bastión, aunque la dirigencia residía en el centro de México. Los documentos internos y la propaganda del EZLN no dejan lugar a dudas acerca de su ortodoxia revolucionaria marxista. El Partido Fuerzas de Liberación Nacional, del cual el EZLN constituía hasta 1994 su Frente Sudeste (se suponía que además contaba con un Frente Norte y un Frente Centro, pero solo en teoría, pues estos carecían de efectivos), definía en 1993 su tarea en éstos términos: “Los objetivos del Partido son organizar, dirigir y ponerse a la cabeza de la lucha revolucionaria del pueblo trabajador para arrancar el poder a la burguesía, liberar nuestra patria de la dominación extranjera e instaurar la dictadura del proletariado, entendido como un gobierno de trabajadores que impida la contrarrevolución y comience a edificar el socialismo en México”⁸. El Reglamento Insurgente del EZLN de 1992 –el juramento que debía pronunciar quien ingresaba en la organización– dice, por ejemplo: “Juro ante la memoria de los héroes y mártires de nuestro pueblo y del proletariado internacional, que defenderé los principios revolucionarios del marxismo-leninismo y su aplicación a la realidad nacional... Juro que combatiré, hasta la muerte si es preciso, a los enemigos de mi patria y por el socialismo. Vivir por la patria o morir por la libertad”⁹. La “patria” es, por supuesto, México.

A finales de 1993 el EZLN se dispone a iniciar la guerra. El Ejército Mexicano les ha descubierto, y aunque la dirigencia considera que todavía no están preparados, no

tienen muchas opciones: esperar a que el Ejército entre en la selva y los liquide allí o bien salir a la luz pública. La noche del 31 de diciembre al 1 de enero unos 3.000 guerrilleros salen de sus bastiones en Las Cañadas y toman militarmente varios pueblos y ciudades de Chiapas. Ese mismo día el EZLN hace pública la “Declaración de la Selva Lacandona”, que no obstante está firmada en 1993 por la Comandancia General del EZLN. Dirigido al pueblo de México, el tono de este texto es considerablemente distinto de los boletines internos y de la propaganda anterior. De él ha desaparecido el lenguaje marxista convencional. Mas bien está formulado en la retórica nacionalista de la Revolución Mexicana, un lenguaje que desde los años de la escuela primaria resulta familiar a todos los mexicanos:

“Pero nosotros HOY DECIMOS ¡BASTA!, somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de mas de 70 años encabezada por una camarilla de traidores que representan a los grupos mas conservadores y vendepatrias. Son los mismos que se opusieron a Hidalgo y a Morelos, los que traicionaron a Vicente Guerrero, son los mismos que vendieron más de la mitad de nuestro suelo al extranjero invasor, son los mismos que formaron la dictadura de los científicos porfiristas, son los mismos que se opusieron a la Expropiación Petrolera, son los mismos que masacraron a los trabajadores ferrocarrileros en 1958 y a los estudiantes en 1968, son los mismos que hoy nos quitan todo, absolutamente todo”¹⁰.

La declaración termina con la demanda de “trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz”. Unos días antes, El Despertador Mexicano, órgano informativo del EZLN, había publicado las Leyes Revolucionarias que se aplicarían en las zonas liberadas: Ley de impuestos de Guerra, Ley de Derechos y Obligaciones de los Pueblos en Lucha, Ley de Derechos y Obligaciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Ley Agraria Revolucionaria, Ley Revolucionaria de Mujeres, Ley de reforma Urbana, Ley de Trabajo, Ley de Industria y Comercio, Ley de Seguridad Social, Ley de Justicia. El comunicado estaba dirigido a los “obreros, campesinos, estudiantes, profesionistas honestos, chicanos y progresistas de otros países”.

Es un hecho notable que en estos primeros comunicados no aparezca la palabra “indígena” o “indio” en ningún momento, ni siquiera como un grupo social que pueda equipararse a los estudiantes, a los obreros y demás. Desde luego no hay ninguna mención a una “Ley Indígena”. Aunque la base del EZLN esté formada en su totalidad por

7. Para una historia pre-1994 del EZLN, véase Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las Cañadas*, Mexico, Cal y Arena, 1995; y sobre todo, De la Grange, Bertrand y Maite Rico, *Subcomandante Marcos, la genial impostura*, Madrid, El Pais-Aguilar, 1998

8. Partido Fuerzas de Liberación Nacional, Declaración de Principios, México, 1993. Citado en Favre, p.19.

9. Declaración de Principios del Partido Fuerzas de Liberación Nacional, 1992; citado en De la Grange y Rico, *Ibid*, p. 228.

10. Declaración de la Selva Lacandona, La Jornada, 2 de enero de 1994.

indígenas de Chiapas, el lenguaje que utilizan los dirigentes, ninguno de los cuales es indígena, estaba todavía muy lejos del discurso de la identidad étnica. Los indios como una categoría discrecional todavía no existen, probablemente subsumidos en la categoría de campesinos, una práctica común entre los revolucionarios de izquierda para quienes hasta ese momento el “indio” es una categoría “culturalista”, más propia de los antropólogos gringos, y que nada tiene que ver con una análisis objetivo y materialista de la realidad. La mención aislada de los chicanos en este contexto parece referirse a éstos más como mexicanos en el extranjero que propiamente como grupo de identidad.

A juzgar por los comunicados, por las declaraciones del subcomandante Marcos, y también por las declaraciones de algunos indígenas que luego desertaron, la intención del EZLN era avanzar desde el sur hacia el resto de México, manteniendo una “guerra revolucionaria prolongada” que podía durar muchos años. En todos los casos, después de algunos días y de los enfrentamientos con el Ejército Mexicano, decidieron replegarse nuevamente hacia la selva. El 12 de febrero el Presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, declara un cese al fuego unilateral y anuncia una ley de amnistía.

Desde el mismo día 1 de enero de 1994 la prensa empieza a jugar un papel clave en la creación de la imagen pública del EZLN. Desde luego, toda la prensa mexicana e internacional se vuelca sobre los sucesos de Chiapas. Pero hay un diario en particular, *La Jornada*, que no sólo se ocupa de transmitir los sucesos de Chiapas sino que interviene decisivamente en la creación del nuevo perfil indigenista de los zapatistas. Por una parte, *La Jornada* es el diario que más espacio dedica a los zapatistas, una atención que durante los primeros meses es prácticamente exclusiva: los numerosos artículos de opinión que aparecen en este diario durante los tres primeros meses de 1994 están todos dedicados a Chiapas y a su repercusión en México. Por otra parte, *La Jornada* se convierte en la fuente principal de noticias de otros periódicos, sobre todo en el extranjero. Pero sobre todo, debido a la abierta simpatía del periódico por los zapatistas y en especial por el subcomandante Marcos, es este el medio que elige al dirigente del EZLN para publicar sus comunicados y propaganda. De hecho, sus reporteros destacados en Chiapas simple y llanamente se rinden a la personalidad del dirigente insurrecto¹¹.

Durante las primeras semanas, *La Jornada* se refiere a los integrantes del EZLN como “indios” o “indígenas”. Pero de la forma en que se emplea el término éste no está fuertemente connotado; más bien se habla de indios como campesinos pobres y analfabetos, marginados de México. Todavía son los “indios” que de manera espontánea los mexicanos asocian con el ejército de Emiliano Zapata, hablantes de lengua nahuatl, pero salvo ese detalle, semejantes a cualquier otro campesino pobre mexicano. De hecho, las imágenes de Zapata y la de los “indios” irán juntas durante algunas semanas –después de todo, los alzados se autodenominan zapatistas. Sin embargo, a medida que pasan los meses, el término “indígena” va perdiendo su equivalencia campesina y adquiere otros matices, fundamental-

mente etnicistas. Ya no son exactamente campesinos depauperados, sino “grupos étnicos”, con una cultura propia y distintiva, con unas tradiciones y una forma de ver el mundo (que por lo general, se presentan superiores a la occidental). Es muy posible que este cambio gradual se debiera fundamentalmente a los artículos de opinión aparecidos en la prensa. Durante los primeros meses de 1994 prácticamente todos los intelectuales mexicanos se sintieron obligados a escribir un artículo en *La Jornada* expresando su opinión de lo que estaba sucediendo en Chiapas, y el tema recurrente era por supuesto los indios. (Y no solo los intelectuales mexicanos: el conflicto en Chiapas ha servido, especialmente en los países del sur de Europa, para revalorizar el papel del intelectual, quizá algo devaluado después del desconcierto de las guerras de Irak y de Yugoslavia). Sea como fuere, una parte considerable de los artículos estaban firmados por antropólogos mexicanos, entre quienes (como entre el resto de los antropólogos del mundo) la cuestión de la “identidad” y particularmente la “identidad indígena” se había convertido en los últimos años en el “tema” académico por antonomasia.

Así pues, fue la cuestión de la “identidad” la que acabó –tras probar temporalmente otras opciones– por imponerse como el revelador privilegiado de los sucesos de Chiapas. Lo extraordinario de este proceso es que no se produjo solamente por la parte de la “opinión informada” mexicana. Fue el propio subcomandante Marcos quien facilitó el proceso. En una situación militarmente precaria, por decir lo mínimo, la posibilidad de supervivencia del EZLN se basaba en sostener el eco y simpatía que había despertado. Y Marcos aprovechó este aspecto de forma magistral. Si *La Jornada* marcaba la pauta de lo que interesaba fuera de Chiapas, Marcos, de una manera muy flexible, alimentó esa demanda. Se produjo así una relación mutua de alimentación en la que la oferta (Marcos) seguía a la demanda (el público mexicano, a través fundamentalmente de los medios de comunicación). Seguramente, la ductilidad de Marcos para modificar la imagen del EZLN se vio beneficiada por el hecho de que, a causa del cerco militar, la comunicación entre éste y el resto de la dirigencia zapatista que se encontraba en otros lugares de México, clandestina, y perseguida por la policía, prácticamente había desaparecido. Marcos se había convertido de hecho en el único dirigente del EZLN y tenía las manos libres para reconducir la política del grupo. De todos modos, algo debía haber intuido Marcos sobre la posibilidad que se le ofrecía al EZLN de explotar la veta “indígena”. Pocos días antes de que se produjera el levantamiento armado, Marcos había creado a toda prisa el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI). A diferencia de la Comandancia del EZLN, cuyos

11. De la Grange y Rico –ellos mismos periodistas que han cubierto el conflicto de Chiapas– han relatado, en el libro citado más arriba, el deslumbramiento de la prensa ante el personaje. Los periodistas se entregan a él y no dudan de la información que les proporciona: en las ruedas de prensa, meticulosamente preparadas y llenas de golpes de efecto, le aplauden y quienes hacen preguntas discordantes son abucheados por el resto. Marcos veta a los periodistas que no informan de manera simpática acerca del EZLN y cunde la autocensura “para no hacer el juego al gobierno”.

altos dirigentes tenían todos cargos militares y, sobre todo, no eran indígenas, el CCRI fue formado como una suerte de “consejo de ancianos”, sin cargos militares. Este comité fue presentado a la prensa como los auténticos dirigentes del EZLN, a quienes estaban subordinados los militares¹². Al cabo de unos meses, pues, los términos “indígenas” y “zapatistas” se habían convertido en sinónimos.

La primera referencia, hasta donde se, que hizo Marcos a “indígenas” tuvo lugar el 2 de enero de 1994 en la conferencia de prensa que dio en la plaza de San Cristóbal de Las Casas. En una larga entrevista ante los periodistas de La Jornada, deslizó la siguiente frase: el Tratado de Libre Comercio representa un “acta de defunción de las etnias indígenas de México”. Solo hizo esa alusión a la cuestión indígena en toda la entrevista, pero en el segundo encabezado de la noticia la periodista, de manera muy significativa, escribió: “Se trata de un movimiento étnico”¹³. En el curso de los meses siguientes el lenguaje del subcomandante fue sufriendo una considerable transformación. Ciertamente perdió todo el vocabulario marxista, pero también fue perdiendo buena parte del lenguaje explícitamente urbano y académico. Marcos, que por lo que parece no conoce ninguna lengua indígena, empezó a hablar como los indios. Mas precisamente, hablaba como la población urbana instruida de México se imagina que hablan los indios de Chiapas: un extraño híbrido de palabras del castellano de Chiapas, de formas gramaticales y motivos de los indios de las películas de Oeste, y de temas del lenguaje pastoril romántico europeo. Además, en sus comunicados tendía a emplear los pronombres personales de manera intercambiable: pasaba de hablar de “nosotros” los indígenas al “yo” Marcos sin solución de continuidad. Se estaba convirtiendo en un indio y los lectores mexicanos e internacionales se sentían encantados.

Considérese, por ejemplo, el fragmento siguiente de la Segunda Declaración de la Selva Lacandona (un texto que, dada su naturaleza, no es particularmente “indio”) publicada el 12 de junio de 1994, es decir, cuatro meses después de la primera Declaración:

“Así habló su palabra del corazón de nuestros muertos de siempre. Vimos nosotros que es buena su palabra de nuestros muertos, vimos que hay verdad y dignidad en su consejo. Por eso llamamos a todos nuestros hermanos indígenas mexicanos a que resistan con nosotros. Llamamos a los campesinos todos a que resistan con nosotros, a los obreros, a los empleados, a los colonos, a las amas de casa, a los estudiantes, a los maestros, a los que hacen del pensamiento y la palabra su vida, a todos los que dignidad y vergüenza tengan, a todos llamamos a que con nosotros resistan, pues quiere el mal gobierno que no haya democracia en nuestros suelos. Nada aceptaremos que venga del corazón podrido del mal gobierno, ni una moneda sola ni un medicamento ni una piedra ni un grano de alimento ni una migaja de las limosnas que ofrece a cambio de nuestro digno caminar”¹⁴.

Si se compara con el fragmento de la Primera Declaración, ha cambiado, desde luego, el vocabulario; pero también algunas categorías se han modificado. Ahora hablan los “indígenas”, que se dirigen, por ejemplo, a los

“campesinos” como una categoría diferente. En realidad todo el Ejército Zapatista se indianizó a marchas forzadas. Como he notado, los indígenas de la región de Las Cañadas que constituyen la base del EZLN son un grupo que en las últimas décadas se había esforzado por distanciarse de muchos aspectos de su herencia cultural —la que sin duda consideraban una pesada carga—, y su vida social se había modificado substancialmente respecto de las comunidades indígenas tradicionales de Chiapas. El factor étnico —vis a vis los no indígenas— había pasado a ser un aspecto menor en la vida de esta región. No obstante, los indígenas del Ejército Zapatista que ocupaban posiciones de rango mayor también comenzaron a adoptar marcadores de indianidad en sus relaciones externas. Por ejemplo, en las comparecencias públicas ante la prensa se vestían con la indumentaria característica de los ancianos principales de los pueblos tzotziles y tzeltales tradicionales: sombrero con tiras de tela de colores y camisas, túnicas y blusas propias de aquellos lugares. En realidad los indígenas de Las Cañadas nunca antes habían empleado estas ropas, que por lo demás resultan insoportables para el calor de esta región.

Desde 1995 se produjo un último cambio en los planteamientos retórico-políticos del EZLN. Durante 1994 el lenguaje indigenista había tenido un carácter “integracionista”. Los indios de Chiapas (en ese momento todavía se hablaba fundamentalmente de Chiapas y no de los indígenas de México en su conjunto) habían sido marginados por el resto de México, eran, como solía insistirse, los “olvidados” (los sin nombre, los sin rostro, etc.), y por tanto la Nación estaba en deuda con ellos; se sobreentendía que era necesario integrarlos por fin para que disfrutaran de los mismos derechos que el resto de los mexicanos y de la ayuda del Estado. Pero, ahora de una manera mas paulatina, a lo largo de 1995 fueron ganando terreno las posiciones “indianistas”. En esta perspectiva, el integracionismo convencional no es mas que una forma de genocidio cultural; los pueblos indígenas (ya no se habla tanto de “etnias” como de “pueblos”) deben mantener su identidad amenazada por la cultura nacional mexicana dominante, y para ello es necesario crear territorios indígenas, hasta cierto punto independientes: deben gozar de autonomía política para poder seguir practicando sus “usos y costumbres”. Empieza a imponerse el objetivo de crear “municipios autónomos” o “regiones autónomas”, pero ya no sólo en Chiapas sino entre todas la poblaciones indígenas de México. Sin embargo, esta nueva orientación tampoco brotó directamente de los zapatistas. Se debe esencialmente a un grupo de antropólogos de Ciudad de México que funcionaron como asesores del EZLN durante las negociaciones que mantuvieron éste y el gobierno mexicano en San Andrés Larrainzar. Y hasta el momento (1998) esta es la tesis que prevalece en los planteamientos del EZLN.

12. De la Grange, Bertrand y Maite Rico, *Subcomandante Marcos, la genial impostura*, Madrid, El Pais-Aguilar, 1998.

13. Pérez, Matilde y Rosa Rojas, “Comandante Marcos: el EZLN tiene diez años de preparación”, *Diario La Jornada*, 2 de enero, 1994.

14. Segunda Declaración de la Selva Lacandona, *La Jornada*, 12 de junio de 1994.

En suma, por lo que a su forma de presentación pública se refiere, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional había recorrido en menos de 14 meses la siguiente secuencia: marxismo-leninismo > nacionalismo revolucionario mexicano > indigenismo > indianismo.

* * *

La puesta en escena del EZLN como un movimiento de carácter étnico, identitario, constituye a la vez su fuerza y su debilidad. Fue la asociación entre “indígena” y EZLN lo que, sin duda, despertó la extraordinaria resonancia y simpatía en México y en el extranjero hacia estos últimos y su jefe, el subcomandante Marcos. No es necesario insistir en la presión psíquica que ha ejercido la noción de “lo indio” en la ideología mexicana posrevolucionaria, como raíz de la nación (y de forma mucho más generalizada en Occidente, donde los indígenas representan nuestros “otros” radicales). Por más que el concepto de lo indio sea en buena medida una ficción, es una ficción que posee una alta carga simbólica. Defender a los indios no es solo defender un sector cualquiera de la población mexicana, es defender algo que, indeterminado, se encuentra en algún lugar recóndito del ser mexicano (o así se supone), algo que ha sido superado, pero que en algún momento, sobre todo de crisis, sale a la superficie. Identificarse con los indígenas –o más exactamente, ser identificado con los indígenas– proporciona un fuerte capital simbólico con el cual negociar en el escenario político de México. Todos los sectores mexicanos (y no sólo mexicanos, piénsese en las ONG’s) –políticos, religiosos o sociales– procuran establecer esa suerte de “magia de contacto”¹⁵. En todo caso, ha sido el EZLN quien (quizá junto con la Iglesia Católica) mejor, más creíblemente ha logrado esa identificación. En ello reside su fuerza política.

Pero también constituye su límite. Un ejército que, pese a las declaraciones retóricas de los contrarios, nació para tomar el poder en México y llevar a cabo una revolución socialista, ha visto como sus aspiraciones debían reducirse drásticamente al adoptar la estrategia de la política de la identidad. Su acción se ve inevitablemente reducida en un nivel local y en un solo sector de la población –los indígenas. Como ha insistido Eric Hobsbawm –sobre algo que, por otra parte, es obvio–, la política de la identidad “no es para todos, sino para los miembros de un solo grupo específico”¹⁶. Por ejemplo, el discurso indianista del EZLN no ha tenido eco entre los campesinos hispanohablantes del resto de Chiapas (que son mayoría). Más bien, entre el reducido número de ellos que se inclinan por la lucha armada, ha tenido más suerte el lenguaje del Ejército Popular Revolucionario (EPR), un grupo con una larga historia guerrillera y que se reactivó en parte debido al éxito del EZLN, pero en parte también contra la política indianista de éste, que juzgaban desviacionista y muy poco revolucionaria.

Por otra parte, la población mexicana en general parece aceptar de buena gana al EZLN como representante de los indígenas, pero a la vez les parece inaceptable que éste intervenga en la política general del país (la imagen en los medios de comunicación de “voluntarios” internacionales en las aldeas zapatistas de Chiapas es un aspecto que ha

dañado seriamente la imagen del EZLN, y que el gobierno, por su parte, ha difundido ampliamente). El gobierno mexicano, pues, no ha logrado ni mucho menos solucionar el conflicto de Chiapas, pero sí ha conseguido reducir su alcance a una expresión regional y sectorial: en los acuerdos de San Andrés se negociaron fundamentalmente cuestiones indígenas y locales.

Pero hay un segundo aspecto, quizá más serio a medio y largo plazo, en el que la adopción de la política de la identidad supone una debilidad para las aspiraciones de legitimidad política del EZLN. Una de las grandes paradojas de esta política es que no se sustenta en la propia población indígena. Es una política de la identidad indígena y no una política indígena de la identidad. A diferencia de lo que sucede en otros lugares del mundo –las minorías en EE.UU., los nacionalismos en Europa, o los grupos religiosos en Asia, por ejemplo– el conjunto mayoritario de los indígenas de Chiapas –aquellos que viven en la región de Los Altos, en comunidades “tradicionales”– no parece identificarse con las propuestas indianistas. Si en Guatemala el “mayanismo” parece haber tenido suerte entre los intelectuales indígenas sobre todo urbanos, entre los intelectuales indígenas mexicanos, en cambio, la política de la identidad no parece haber echado raíces (al menos por el momento). Menos todavía entre los campesinos, para quienes el indianismo es simplemente un discurso ajeno, ininteligible. Es muy posible que esta paradoja –que la promoción de la política de la identidad no proceda de la población indígena sino de los académicos de las universidades mexicanas– acabe resultando contraproducente a la imagen pública de los zapatistas.

Los objetivos explícitos del EZLN ahora son, pues, necesariamente más modestos. Es posible que Marcos y otros dirigentes del EZLN estén tratando de ganar tiempo. Quizá tengan puesta la mirada en el año 2000, cuando se elija al nuevo Presidente de México, con quien pudieran negociar más ventajosamente. O quizá se planteen un escenario distinto, uno en el que la crisis mexicana se agudice hasta tal extremo que el EZLN pueda reencontrar su papel revolucionario en el escenario nacional. En todo caso, tanto el gobierno de México como el EZLN parecen estar jugando, en escenarios de distinto nivel, una guerra de desgaste. Y mientras tanto, las propuestas para solucionar el conflicto de Chiapas se reducen a medidas de carácter legislativo, solo eso.

15. Pitarch, Pedro, “Un lugar difícil: Estereotipos étnicos y juegos de poder en Los Altos de Chiapas”, en *Chiapas, los rumbos de otra historia*, Juan Pedro Víquiera y Mario H. Ruz (editores), México, UNAM-CIESAS-CEMCA-Universidad de Guadalajara, 1995.

16. Hobsbawm, Eric, “La política de la identidad y la izquierda”, *Nexos*, n° 224, agosto de 1996.

RESUMEN

El artículo resalta la súbita transformación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) –el grupo indígena armado que opera en Chiapas, México– de un grupo de carácter marxista ortodoxo a un grupo en favor de las tesis indianistas. Se identifican cuatro fases consecutivas en la retórica de la autopresentación del EZLN: marxista ortodoxa, nacionalista revolucionaria mexicana, indigenista e indianista. Se observa asimismo el papel de mutua alimentación, de demanda y oferta, entre el líder de los insurgentes, subcomandante Marcos, la prensa y el público mexicano en la progresiva caracterización pública del EZLN.

Palabras Claves: México, Chiapas, EZLN, indianismo, revolución.

ABSTRACT

The article emphasizes on sudden transformation of Ejército Zapatista de Liberación nacional (EZLN),- indigenous armed group operating in Chiapas, Mexico- from orthodox marxist group to a group favoured to indigenous thesis. Four stages of rethoric representation of EZLN are mentioned: orthodox marxist, mexican national-revolutionarian, indigenous and indianist. Besides, rol of mutual feedback in the carachterization of EZLN are observed, of demand and supply among lider of insurgents, comandante Marcos, press and mexican people.

Key words: Chiapas, Mexico, EZLN, indianism, revolution.



David Alfaro Siqueiros. *El pueblo toma las armas*, 1957, fresco. Museo Nacional de Historia, Ciudad de México (INAH)